

alegaban contra las cruzadas al fin del siglo XIII. El papado tomó la defensa de su obra, y el general de los dominicanos, obedeciendo las órdenes de Gregorio X, escribió una apología de las guerras santas (1): "Unos son los medios, dice, de fundar una religión y otros los medios de mantenerla; la debilidad no se sirve de las mismas armas que la fuerza. El cristianismo se estableció por medio de milagros y de la sangre de los mártires; pero en el día, que se trata de defenderle contra sus enemigos, es necesario emplear la espada. La Iglesia naciente era débil, y tuvo que plejarse á la violencia; pero cuando Dios la ha dado fuerza, ¿por qué no ha de aprovecharse de ella? Nosotros no tenemos ya milagros, pero tenemos poder; usemos de las armas que están á nuestra disposición."

La confesion es ingenua: si los primeros cristianos no han tomado las armas contra el paganismo, fué porque eran los más débiles; dad fuerza á la Iglesia, que ella la empleará; su derecho es incontestable; ni siquiera se pone en duda. Ya veremos, al principio de la Edad Moderna, que los papas disponen de las Indias como dueños, que legitiman la ocupacion del nuevo mundo, y, por consecuencia, las guerras contra los paganos. Si en el día ya no hace el papado oír gritos de guerra, ¿es acaso porque repruebe lo que se ha hecho en la Edad Media y se repitió en los siglos XVI y XVII? No, los canonistas enseñan siempre la legitimidad de las guerras contra los infieles que ponen obstáculo á la propagacion del Evangelio (2). ¿Por qué entónces se ha hecho pacífica la Iglesia? Porque le falta la fuerza, ó, mejor dicho, porque se ve, á pesar suyo y de sus doctrinas, arrastrada á una política de paz, de tolerancia y de humanidad. En vano dice y repite que no cambia; todo cambia y se modifica; y la pretension de la Iglesia de ser inmutable conduce solamente á poner su dogma en contradiccion con sus actos. Su doctrina la dice: guerra á los herejes y á los idólatras, por la salud de sus almas. Pero la conciencia general, más fuerte que la Iglesia, la grita: tolerancia, humanidad. Y la Iglesia abandona su dogma y obedece á la poderosa voz de los siglos.

(1) Esta apología es conocida con el título de *Opus Tripartitum*, se halla en la colección de concilios de CRABBE, t. II, p. 967. MANSI (XXIV, 109) la trae en extracto.  
(2) Ya volveremos á tratar este punto en la parte décima de nuestros Estudios.

## § II.—Las cruzadas.

### N.º 1.—Las guerras sagradas.

Las cruzadas son las guerras más sangrientas de que hace mencion la historia; millones de hombres han perecido en ellas. Y ¿por qué ha corrido tanta sangre por la conquista de un sepulcro? ¡Locura! exclaman los filósofos del siglo XVIII; ¡Demencia! ¡Furor! (1). Los católicos, aterrados por la reprobacion universal que ha caído sobre las guerras sagradas, han tratado de legitimarlas á los ojos de un siglo esencialmente político por medio de consideraciones políticas. *De Maistre* transforma los papas del siglo XI en hábiles generales: "Veían, dice, á los musulmanes próximos á desbordarse sobre la Europa; con la vista de Anibal descubrieron que, para rechazar aquella formidable potencia, era preciso atacarla en su territorio. La tierra nos ha salvado de la media luna; y si hoy somos libres, cultos y cristianos, se lo debemos á la tiara" (2). La apología ha encontrado favor hasta en el campo de los adversarios; escritores poco favorables á las pretensiones de Roma repiten que las cruzadas fueron una guerra defensiva contra el islamismo. Apoyándose en la autoridad de Montesquieu, dice *Mr. Villemain*: "El derecho de defensa envuelve alguna vez el derecho de ataque, cuando un pueblo ve que una paz más larga colocaría á otro en estado de destruirle y cuando el ataque es el único medio de impedir esa destruccion. En el siglo XI se hallaba la Europa en ese estado con respecto al mahometismo, que hacía ya siglos no dejaba de amenazarla. El pensamiento de ese peligro entró por mucho en el celo de los pontífices que promovieron las cruzadas: las guerras santas son la antigua guerra de la Europa contra el Asia, de la civilizacion contra la barbarie" (3).

Si al predicar los papas las cruzadas tuvieron la mira de rechazar la invasion musulmana, hemos hecho mal en acusarles por los excesos de las guerras santas; deberíamos admirar su profunda política y darles gracias por el servicio que han prestado á la humanidad. Pero ¿es cierto que las

(1) VOLTAIRE, *Diccionario filosófico*, en la palabra *Fanatismo*.  
(2) DE MAISTRE, *Del Papa*, lib. III, c. VII.  
(3) VILLEMMAIN, *Curso de la literatura francesa de la Edad Media*, lec. v.



ENTRADA DE LOS CRUZADOS EN JERUSALEN

cruzadas fuesen una guerra definitiva contra el mahometismo? La apología de las guerras sagradas se apoya en una confusión de ideas; y se ensalza al papado por los efectos reales ó imaginarios que han producido. No confundamos la parte de los hombres y la de Dios en el gran movimiento que arrastró á aquéllos durante dos siglos. En otro lugar apreciaremos lo que hay de providencial en las cruzadas; al presente se trata sólo de exponer el fin y las intenciones de los que las predicaron. Hagamos abstracción de nuestras ideas modernas, y olvidemos, si es posible, los hechos que subsiguieron á las guerras santas; trasportémonos al siglo XI y consultemos á los contemporáneos, é indagemos los sentimientos y las palabras de los papas; verémos entónces cómo se desvanece la pretendida política atribuida á hombres que sólo estaban movidos por ideas religiosas.

El carácter verdaderamente singular de las guerras santas impresionó á los contemporáneos. Uno de los mejores cronistas, *Guibert de Nogent*, dice que "las cruzadas eran guerras tales como no las había visto la historia; que no era la ambición de las conquistas la que animaba á los cruzados, los cuales no habían tomado las armas, ni para defender á la Iglesia, ni porque temiesen una invasión de los pueblos bárbaros ó gentiles; que era Dios el que había inspirado las guerras santas, á fin de dar á los hombres un nuevo medio de salvación; hé ahí por qué se las llama el camino de Dios," (1). Tal es la creencia de un contemporáneo; escuchemos ahora á los papas, puesto que son ellos los que han dado el impulso á las cruzadas. ¿Cuándo concibió el papado la idea de aquellas luchas gigantescas? ¿Fué, como se ha dicho, cuando los Turcos amenazaban ya á Constantinopla? Un siglo ántes que el emperador griego hubiese apelado á la cristiandad, el papa Silvestre, aquel célebre Gerberto á quien sus contemporáneos admiraban y temían á la vez como un hechicero, dirigió las lamentaciones de Jerusalén á la Iglesia universal; y haciendo hablar á la Ciudad Santa, decía: "Yo he visto á los profetas, á Cristo y á los apóstoles; aquí es donde el Hijo de Dios ha sufrido y donde ha resucitado. El profeta ha dicho: su sepulcro será glorioso, y hé aquí que los paganos destruyen los Santos Lu-

gares. Levántate, pues, caballero de Cristo y combate por tu Señor," (1). Hé aquí el primer grito de guerra que sale de Roma. ¿Se trata en él de salvar á Constantinopla y al Occidente? El papa llama á la cristiandad á las armas para conquistar el sepulcro de Cristo, manchado por los infieles: el sepulcro del Dios de los cristianos es, como se ve, el primitivo fin y el último de las cruzadas por espacio de algunos siglos.

*De Maistre*, con el tono decisivo habitual á los ultramontanos, acusa de ignorancia á los que dicen que las cruzadas no fueron para los papas más que guerras de devoción; por lo que se ve, no han leído, dice, el discurso de Urbano en el concilio de Clermont. El papa mismo responderá á *De Maistre*, y nos dirá si debemos considerarle como un político hábil ó como un cristiano de la Edad Media. Urbano comienza por recordar á sus oyentes que el Redentor del género humano, al revestirse de hombre para la salvación de todos, santificó con su presencia la Tierra de Promisión; otorga á esa pequeñísima porción del globo un privilegio particular de predilección, puesto que Dios se dignó llamarla su herencia. En esa tierra santa hay una ciudad santa por excelencia: *el Señor ama las puertas de Sion más que las tiendas de Jacob... De esa ciudad de Jerusalem que yo he elegido es de donde os vendrá el Salvador*. "Esa cuna de nuestra salud, continúa el papa, esa patria del Señor, la ocupa violentamente un pueblo sin Dios, el hijo del Egipto esclavo; y la raza impía de los Sarracenos abrumba con una tiranía cruel los lugares santos donde el Señor sentó sus piés. Los perros han entrado en el lugar sagrado, ha sido profanado el santuario, y la ciudad de Dios está sometida á un tributo." La profanación de la Ciudad Santa y de los lugares donde habitó el Hijo de Dios arrancó lágrimas al soberano pontífice; y el orador desolado (2) conmovió á los fieles, que derramaron también lágrimas de dolor; desde aquel momento estaba decidida la cruzada. El papa hizo una patética pintura de los sufrimientos que los cristianos y los peregrinos experimentaban bajo el yugo de los Turcos, y en seguida llamó á las armas á sus oyentes (3). Urbano se dirigía á una nación guer-

(1) *GUIBERT DE NOGENT*, lib. I, en *BONGARS*, p. 471; libro II, Id., 481.

(1) *Epist. GERBERTI* (a. 999) *ex persona Hierusalem devastata, Universæ Ecclesiæ* (BOUQUET, x, p. 425).

(2) «*Lacrymosus relator*» (ORDERICI VITALIS, *Hist. Normann.*, L. IX, p. 729).

(3) *GULL. DE TIRO*, L. I (BONGARS, p. 639).

ra, y trató de lisonjear la vanidad francesa: "¿A quién pertenece castigar la raza maldita de los Sarracenos, sino á vosotros, á quienes el Señor ha concedido sobre los demas pueblos la insigne gloria de las armas, la grandeza de alma, la fuerza del cuerpo y la virtud de abatir á vuestros enemigos? Que vuestros corazones se conmuevan, que vuestras almas se exciten al valor recordando los hechos de vuestros antepasados, las hazañas de Carlo-Magno, que destruyó la dominación de los Turcos y extendió el imperio de la santa Iglesia. Valerosos caballeros, hijos de padres invencibles, no degeneréis... ¿Qué vergüenza no sería para vosotros si la despreciable raza de los infieles, vil esclava del demonio, triunfara sobre el pueblo elegido del Dios Todopoderoso! (1). Reunid todas vuestras fuerzas para resistir á los que han resuelto destruir el nombre cristiano. Si así no lo haceis, sucederá bien pronto que la Iglesia de Dios tendrá que sufrir un yugo que no merece; decrecerá la fe sensiblemente y prevalecerá la superstición de los gentiles." (2).

Estas últimas palabras (3) son las únicas que tienen un color político; y si se las interpreta bajo el punto de vista de hoy, se podría decir que el soberano pontífice temía la preponderancia del Oriente, y que la guerra sagrada que predicaba era una guerra defensiva contra el mahometismo. Pero guardémosnos de atribuir nuestras ideas á los hombres del siglo XI; los papas no tenían temor alguno por la religión cristiana, no podían tenerlo: no estaba escrito que el Evangelio daría la vuelta al mundo y que entonces vendría la consumación de los siglos? Aquel mismo papa que se quiere transformar en hombre político creía en el próximo fin del mundo; y lo que le preocupaba no era la invasión de los Turcos, sino la venida del Antecristo. En el discurso que pronunció en el concilio de Clermont, Urbano insistió mucho en consideraciones que en el día nos causan risa, pero que hacían temblar á los hombres del siglo XI: "El tiempo del Antecristo se aproxima, levantará sus tiendas sobre el monte de las Olivas, hará una guerra encarnizada á los cristianos; pero, para que se cum-

(1) ROBERTO EL MONJE Y FOULCHER DE CHARTRES (BONGARS, páginas 31, 388).

(2) GUILLERMO DE TIRO (BONGARS, p. 640).

(3) Es de observar que aquellas palabras no están relatadas por los escritores contemporáneos, por lo que es muy posible que sean de GUILLERMO DE TIRO y no de URBANO.

plan esas profecías, ¿no es antes necesario que los reyes de Egipto, de África y de Etiopía estén convertidos al Evangelio? La esperanza que anima al papa es la de que los cruzados puedan llevar á efecto aquella conversión al tiempo que destruyan el poder de los Sarracenos (1). Coloquémosnos en el círculo de ideas del siglo XI y preguntémosnos si hombres que creían en el cumplimiento de las profecías sobre el Antecristo podían abrigar temores acerca de lo que llamamos hoy día civilización cristiana: no, ni siquiera hubiesen comprendido los temores que nosotros les atribuimos.

Las esperanzas de Urbano no se realizaron. Jerusalén fué conquistada, pero *los reyes de Egipto, de Etiopía y de África*, lejos de convertirse, hicieron una cruda guerra á los cruzados; y miles de peregrinos que afluían á Tierra Santa encontraban allí el martirio, pero no la victoria. La Iglesia hizo un nuevo llamamiento á la fe y al valor de los pueblos de Occidente. Había en el siglo XII un hombre extraordinario; monje retirado á un desierto, San Bernardo ejercía sobre el mundo una influencia mayor que los mismos jefes de la cristiandad; y él fué el que predicó la cruzada, y su palabra arrastró á un rey y á un emperador. ¿Y qué dijo para inflamar su celo? ¿Les mostró la cristiandad en peligro? ¿Los Turcos á las puertas de la Alemania y de la Francia? "La tierra tiembla, exclamó, porque el Dios del cielo ha perdido su tierra, la tierra donde ha enseñado la palabra de su Padre y donde ha vivido treinta años entre los hombres; su tierra, que ha ilustrado con sus milagros, consagrado con su sangre, glorificado con su resurrección... ¿Qué haceis, servidores de la cruz? ¿Qué haceis, hombres valerosos? ¿Abandonaréis el santo á los perros?" (2).

Lo que San Bernardo apenas era osado á prever se verificó: la Ciudad Santa fué reconquistada por Saladino. Si las cruzadas hubiesen tenido por objeto defender la Europa contra el Oriente, los papas hubieran lanzado un grito de alarma á semejante nueva: los cruzados estaban vencidos, y el vencedor era el enemigo más temible que la cristiandad había encontrado despues de los primeros

(1) GUIBERT DE NOGENT (BONGARS, p. 479).

(2) *Enciclopedia de suscipienda expeditione hierosolym.* (S. BERNARDO, *Epist.* CCCLXIII. BOUQUET, t. xv, p. 605). En el mismo sentido escribe al emperador de Constantinopla (*Epist.* CDXXIV. BOUQUET, t. xv, p. 608).

califas. Sin embargo, el único sentimiento que despertó la caída de Jerusalén fué el de un inmenso dolor; oigamos la voz de un contemporáneo: "El espíritu se abate, dice *Guillermo el Breton*, la razón se oscurece, la pluma, llena de estupor, se cae de la mano temblorosa, el poeta olvida sus cantos, no puede más que lamentar la pérdida del sepulcro" (1). El papa emplea el mismo lenguaje: "La lengua no puede expresar, los sentidos no pueden comprender cuál ha sido nuestra aflicción, cuál debe ser la del pueblo cristiano al saber que la tierra ilustrada por tantos profetas, la tierra de donde han salido las luces del mundo, y, lo que aún es más grande y más inefable, donde se ha encarnado el Dios creador de todas las cosas, al saber, decimos, que esa tierra ha caído en poder de los infieles" (2). Lo que armó á la cristiandad fué ese sentimiento de dolor: "Dios exige, exclama un trovador, que le sigamos para ir á recobrar su santo sepulcro. Sigámonosle, pues, como la Iglesia lo manda, y el que muera podrá decir á Dios: Si has muerto por nosotros, ¿no he muerto yo por tí?" (3).

Los reyes más poderosos de la Europa feudal, Felipe Augusto y Ricardo Corazón de León, toman la cruz; pero las hazañas del rey caballero son infecundas: el sepulcro no es libertado. Entre tanto un papa, hombre de genio, ocupa la silla de San Pedro. Inocencio III no es un fraile contemplativo, como San Bernardo; parece que se preocupa muy poco del fin del mundo y de la venida del Antecristo; podría decirse que es un genio político, si pudiéramos trasportar nuestro lenguaje y nuestras ideas al siglo XII. El papa no cesa de exhortar á la cristiandad para la guerra santa: ¿es acaso para salvarla del peligro que la amenaza? Algunas palabras de Inocencio podrían hacer creer que temía un conflicto entre el poder musulmán y la cristiandad, cuando pone en boca de los infieles esta amenaza insultante: "¿Dónde está vuestro Dios, que no puede defenderse ni salvaros de nuestras manos? Ya lo veis, hemos profanado vuestro santuario, ocupamos los lugares donde preten-

(1) GUILLERMO BRITON. *Philippid.* III, in.

(2) MANSI, XXII, 529.—Ricardo Corazón de León se expresa en los propios términos: "Post lacrymabile et in commune plorandum civitatis sancte Jerusalem destructionem... commota est et contremuit terra, quia rex cæli perdidit terram suam, terram ubi steterunt pedes ejus" (RYMER).

(3) P. D'AUVERGNE, en MILLOT, *Hist. de los Trovadores*, t. II, página 20.

deis que ha tenido origen vuestra superstición; hemos ya rechazado las armas de los Franceses, embotado las de los Alemanes, hecho pedazos las de los Ingleses, hemos vencido á los fieros Españoles; habeis reunido contra nosotros todas vuestras fuerzas, y no habeis hecho nada. ¿Dónde está, pues, vuestro Dios?... Vuestros príncipes y vuestros reyes han huido ante nosotros. ¿Qué nos resta hacer más que exterminar con la espada de la venganza á los que habeis dejado para guardar lo poco que os queda, é invadir despues vuestras tierras para borrar por siempre vuestro nombre y vuestra memoria? Pero esos insultos y amenazas no son más que una figura retórica. Inocencio temía tan poco al mahometismo, que, apoyándose en el Apocalipsis, sostenía que el poder de aquel monstruo tocaba á su fin (1). Cuando se trata de exponer los verdaderos motivos de la cruzada, Inocencio, como todos los papas, sólo se apoya en una cosa, la santidad de Jerusalén: "Desde la caída de la Ciudad Santa, desde la invasión de esa tierra donde Dios, nuestro rey, se ha dignado procurar nuestra salvación, el soberano pontífice, turbado por tan grande calamidad, no ha dejado de clamar y de llorar hasta el punto que, á fuerza de clamores y de llanto, su voz está ronca y sus ojos no tienen ya lágrimas" (2). Inocencio estaba grande y profundamente mezclado en las relaciones políticas de su tiempo, y las ideas feudales le suministraron singulares razones para excitar á los fieles contra los Sarracenos: "Jesucristo es nuestro Señor; ¿y cuál es el primer deber del vasallo cuando los bienes ó la persona de su señor están en peligro? Si no vuela á su socorro, es culpable de felonía. Jesucristo ha sido arrojado de su territorio; está, por decirlo así, cautivo en manos de sus enemigos. ¿Qué crimen el nuestro si rehusamos tomar las armas para libertarle! ¿No podría, en buen derecho, acusarnos de felonía? Y si la muerte es la pena del vasallo infiel, ¿cuál será la pena de los que hayan hecho traición á su Dios?" (3). Recobrar la Tierra Santa, tal es el supremo deseo de Inocencio. Con aquel objeto escribe al sultan de Damasco, diciéndole que se ha vertido demasiado sangre por una tierra que

(1) INNOCENT. III, *Epist.* XVI, 28: "Confidimus in Domino, quod finis hujus bestie appropinquat, cujus numerus juxta Apocalypsin Johannis citra 666 clauditur, ex quibus jam pene 600 sunt anni completi."

(2) INNOCENT. III, *Epist.* I, 336.

(3) INNOCENT. III, *Epist.* II, 251; XI, 185; XV, 24.

ofrece escasas ventajas á los Sarracenos, y le ruega que la devuelva á los cristianos, como único medio de poner término á una lucha tan terrible (1).

Todas las esperanzas que el papado había concebido sobre la guerra santa quedaron defraudadas: las profecías del Apocalipsis dejaron de cumplirse; el poder de los Sarracenos no fué quebrantado, y el sepulcro de Cristo quedó en su poder. Entre tanto los papas no cesaban de llamar á la cristiandad á las armas. Gregorio IX exclama: ¡Vergüenza á los cristianos que dejan la tierra de su Dios en manos de los infieles! (2); y el belicoso pontífice trastrueca las palabras espirituales de Jesucristo para hacer de un Dios de caridad casi un general de ejército: "Jesucristo dice: *Aquel que quiera venir á mí, renuncie á sí mismo, tome su cruz y sígame*; que es como si dijera: la guerra va á comenzar; formo mis tropas en orden de batalla; el que sea de los míos que me siga," (3). San Luis fué la última esperanza de los papas; Alejandro IV le escribía cartas empapadas en lágrimas, pintándole las desgracias que agobiaban á los débiles restos de la cristiandad oriental (4). Clemente IV amenaza á los fieles con penas eternas si no van al socorro de su Dios (5). Gregorio X, para reanimar el celo del Occidente, declara que estaba dispuesto á ponerse á la cabeza de los cruzados. ¡Inútiles esfuerzos! La única ciudad que quedaba á los cristianos en la Tierra Santa les fué arrancada, y cesó la lucha que había durado dos siglos. Los papas hicieron aún de tiempo en tiempo algun llamamiento á la cristiandad; pero sus voces no fueron ya escuchadas; ni siquiera lograron unir á los príncipes cristianos contra los Turcos cuando la media luna estaba plantada á las puertas de Viena.

¿Por qué fué sorda la cristiandad á la voz de sus jefes? Se había arrojado sobre el Asia al grito de *Dios lo quiere*, confiada en el apoyo de Jesucristo para una guerra emprendida en recuperacion de su sepulcro. Pero las cruzadas, como guerras santas, fracasaron por completo; y aquella cruel decepcion inspiró á los cristianos un fatalismo digno del islam: "No es cierto, pues, que Dios haya querido la guerra santa; no es cierto que el poder

(1) INNOCENT. III. *Epist.* XVI, 37.

(2) Epístola de Gregorio IX al rey de Francia (RAYNALDI, *Ann. Eccl.*, a. 1234, § 28 y siguientes).

(3) RAYNALDI, a. 1235, § 47.

(4) RAYNALDI, a. 1263, § 2 y siguientes.

(5) RAYNALDI, a. 1265, § 44.

de los Sarracenos debiese concluir; más bien parece que Dios le sostiene." Tales eran los gritos de desesperacion que los poetas lanzaban; unos acusaban á la Providencia: "Dios no hizo bien cuando dió tanto poder á los Turcos... Habria motivo para hacerse descreido, y aún para adorar á Mahoma, puesto que Dios permite, y lo mismo Santa Maria, que seamos injustamente vencidos," (1). Otros aceptaban su derrota como la voluntad de Dios, pero sus sentimientos se inclinaban ya á la rebelion: "Los Turcos han jurado hacer una mezquita de la iglesia de Santa Maria. ¡Y bien! Si Dios, á quien debia desagradar todo eso, consiente en ello y lo encuentra bueno, fuerza es que nos contentemos nosotros tambien. Bien tonto es aquel que quiere luchar con los Turcos, cuando Jesucristo se lo permite todo," (2). Esto es fatalismo, y un fatalismo peor que el de los Mahometanos, porque le falta resignacion. El fin de las cruzadas estuvo en armonia con su principio: un ciego fanatismo era el que había armado á los cristianos; un fatalismo ciego fué el que les desalentó.

#### N.º 2.—El derecho de gentes con relacion á los infieles.

El derecho de gentes supone la igualdad y la fraternidad de los pueblos. Si éstos son iguales y hermanos, hay entre ellos un vinculo de derecho, un lazo de humanidad que subsiste aún cuando sean enemigos: el vencedor respeta en el vencido la cualidad de hombre y le trata como su hermano, como su igual. Pero cuando los pueblos no se creen ligados entre sí como hombres, si el uno se cree superior al otro por cualquier titulo que sea, entónces desaparece la igualdad, y con ella todo fundamento de relaciones equitativas y humanas. En la antigüedad reinaba la creencia en una desigualdad más ó ménos profunda entre los hombres; de allí la esclavitud y la barbarie de las guerras. El dogma de una religion revelada hace pueblos privile-

(1) AUSTOR D'ORLAC, en RAYNOUARD, *Poesías de los Trovadores*, t. v, p. 54.

(2) Cantar de un trovador templario provenzal. Véase FAUREL, *Hist. de la poesía provenzal*, t. II, p. 138. Esos sentimientos estaban generalmente difundidos; y se les halla en la Apología de las cruzadas escrita por encargo del papa: "Alii dicunt, quod non videtur esse voluntas Dei, quod Christiani sic procedant contra Saracenos, propter infortunia que Deus permisit et permittit sic evenire Christianis in hujus negotii assequutione" (*Opusculum Tripartitum*, en MANSI, XXIV, 109).

giados tanto ó más que el orgullo de raza ó de civilizacion. Los Judios eran el más insociable de los pueblos durante la paz y el más cruel durante la guerra, por lo mismo que veían en los extranjereros enemigos de Dios, del Dios de los Judios, del único verdadero Dios. En vano protestó Jesucristo contra esa nocion estrecha de la religion; la idea de la revelacion vuelve á introducir un nuevo germen de odio; divide á los pueblos en creyentes é infieles, los unos hijos de Dios, los otros hijos del demonio, enemigos del Dios de los cristianos, del único verdadero Dios. En las guerras de religion se encuentran, de un lado, los elegidos combatiendo por la causa de Dios y vengando sus injurias, de otro lado, los enemigos de Dios; ¿cómo podria existir entre tales combatientes un vinculo de derecho y de humanidad? Tal es el espectáculo que presentan las cruzadas.

Puestos de frente los discípulos de Cristo y los sectarios de Mahoma, ¿cuáles eran los sentimientos de los cruzados? ¿Qué opinion tenían de sus enemigos? Jesucristo, el Hijo de Dios, se aparece á Pedro el Ermitaño y le manda predicar la guerra santa (1). El papa llama á los fieles á las armas en nombre de Dios, y á su voz exclaman todos: *¡Dios lo quiere!* El papa ve en aquellas palabras una inspiracion divina: "Dios mismo es el que las ha pronunciado, dice, por la boca de los suyos," (2). Un milagro confirmó á la cristiandad en aquella creencia: "Á fin de que pareciese á todos los fieles que la cruzada era un mandato de Dios y no de los hombres (es un contemporáneo el que habla), la resolucion tomada en el concilio de Clermont se esparció instantáneamente por toda la tierra; los cristianos se vanagloriaron y temblaron los gentiles," (3). Los cruzados están tan convencidos de que el mismo Dios les guía, que á cada paso creen ver milagros: Dios trueca á cada momento las leyes de la naturaleza en favor de sus elegidos (4); envía la milicia celeste en auxilio de los fieles (5); no es el valor de los caballeros, es Dios el que, por su intervencion milagrosa, consigue la victoria (6).

(1) GUILL. DE TIRO, I, 12 (BONGARS, p. 638).

(2) ROBERTO EL MONJE (BONGARS, p. 32).

(3) ROBERTO EL MONJE (BONGARS, p. 32).

(4) Los cronistas contemporáneos, sobre todo RAIMUNDO DE AIGLES, refieren infinidad de milagros (BONGARS, p. 142, 150, 156 et passim).

(5) ROBERTO EL MONJE (BONGARS, p. 53).

(6) Véase el cántico de victoria que los cruzados entonaron sobre el campo de batalla, en ROBERTO EL MONJE (BONGARS,

Puesto que Dios mismo combate por los cruzados, hay que creer que los Sarracenos son los enemigos de Dios (1); son peores, si es posible, en sentir de los cristianos. *Guibert de Nogent*, intérprete fiel de los sentimientos generales de su época, nos dirá lo que los cruzados pensaban de Mahoma y de los mahometanos. La ignorancia del cronista frances es superlativa; no sabe el nombre del profeta árabe, no sabe en que época vivió; todo lo que sabe de él es solamente de oídas; poco importa, dice, que aquellas noticias sean verdaderas ó falsas; él cree que "con toda seguridad se puede hablar mal de aquel cuya perversidad supera todo el mal que pudiera decirse." Acerca de esto cuenta una historia fabulosa de Mahoma: "Es el diablo el que le inspira por medio de un ermitaño hereje; el éxito que ha tenido la nueva religion proviene de que suelta el freno á todas las malas pasiones y permite á los hombres entregarse á la concupiscencia, como lo hacen los animales; el fin de aquel maravilloso legislador es digno de su doctrina: siendo puerco, ha sido devorado por los puercos," (2). El largo contacto de los cruzados con los infieles no produjo cambio en su manera de ver; en el siglo XIII, *J. de Vitry* llama siempre á Mahoma un puerco, un perro inmundo; y en la biografía que hizo del profeta, le trasforma en un jefe de bandidos, en un asesino vulgar, y despues añade que Mahoma es el Dios de los mahometanos, y que éstos le adoran como los cristianos á Jesucristo (3). *Guillermo, obispo de Tiro*, el mejor historiador de las cruzadas, tiene las mismas ideas; y sin embargo de que había hecho un estudio especial del mahometismo y de que había escrito su historia, Mahoma es para él el *primer hijo de Satanás*; le califica de *miserable seductor* y á su religion de *basura* (4). ¿Qué podían ser los desgraciados sectarios

página 42). Todavía en el siglo XIII, despues de muchas decepciones, subsistía aquella creencia. JACOBO DE VITRY dice que Damietta fué tomada por la intervencion directa de Dios, sin el socorro de los hombres (BONGARS, p. 1134).

(1) Estéban, conde de Blois, en la carta que escribe á su mujer desde el campamento frente de Antioquia (1098), califica siempre á los Turcos de *enemigos de Dios* (D'ACHERY, *Spicil.*, III, 490).

(2) G. DE NOGENT (BONGARS, p. 473). Esa era la creencia popular acerca de Mahoma. Se lee en la *Gesta de la corte del rey Loays*:

„ Bebió hasta embriagarse;  
„ Despues le comieron los puercos villanamente."  
(*Hist. literaria de Francia*, t. XXII, p. 485).

(3) J. DE VITRIACO, *Hist. oriental* (BONGARS, p. 1052 y sig., y MAURENE, *Thesaur. Anecd.*, t. III, p. 270).

(4) G. DE TIRO, I, I, xx, 81 (BONGARS, p. 629, 964).